

## “Dilexit nos”: testamento doctrinal de Francisco

Por: Lisandro Prieto Femenía. 18/05/2025

***“La contemplación del Corazón de Jesús nos introduce en el centro mismo del misterio del amor de Dios por la humanidad, un amor que transforma y nos impulsa a amar como Él nos amó.”***

Papa Francisco, “Dilexit nos”, n. 1.

Hoy quiero invitarlos a reflexionar sobre la última encíclica de Francisco, titulada “Dilexit nos” (“Nos amó”), que desde su título hace referencia a la forma abreviada de la frase completa que suele citarse en el Nuevo Testamento, específicamente en la Carta a los Gálatas 2:20: “*Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*”, que se traduce como “Me amó y se entregó a sí mismo por mí”, dejando en claro que centrará su atención en el amor de Dios hacia la humanidad, un tema central en la teología cristiana y, como veremos a continuación, para el magisterio del Papa Francisco.

La precitada encíclica se publicó el 24 de octubre de 2024 y resuena en el seno de la Iglesia Católica no sólo como el último documento magisterial de Francisco, sino como una síntesis poderosa y conmovedora de su visión eclesial. Afirmar que esta encíclica concentra la esencia de su doctrina no es simplemente una consecuencia de su cronología, sino una apreciación de cómo el pontífice, a través de la meditación profunda sobre el Sagrado Corazón de Jesús, nos ofreció una clave hermenéutica para comprender la totalidad de su magisterio, sin el tamiz mediático-intencional de lo que “se dijo” en los medios de comunicación.

Desde sus primeras líneas, “Dilexit nos” establece un tono de profunda contemplación del amor divino manifestado en el Corazón de Cristo, al afirmar con contundencia que “*la contemplación del Corazón de Jesús nos introduce en el centro mismo del misterio del amor de Dios por la humanidad*” (Papa Francisco, Dilexit nos, n. 1). Esta centralidad del amor, no como una abstracción teológica, sino como una fuerza viva y concreta encarnada en la historia, ha sido un eje transversal en el pensamiento de Francisco, en tanto que su insistencia en una Iglesia “en salida” o “en apertura”, samaritana y misericordiosa, encuentra su fundamento último

en este amor que se derrama sin reservas.

Esta perspectiva no es una novedad, sobre todo si nos remontamos a la teología de Karl Rahner, quien enfatizaba en la experiencia trascendental del amor de Dios como fundamento de la fe cristiana. Para él, el amor de Dios no es primariamente una doctrina, sino una experiencia existencial que transforma al ser humano desde su interior. En su obra titulada “Curso fundamental de la fe” (1979), expresa que *“la experiencia de Dios es la experiencia del amor incondicional que sostiene y penetra toda realidad”* (K. Rahner, op. Cit. P.127). Pues bien, “Dilexit nos” parece dialogar directamente con esta visión, presentando el Corazón de Jesús como la manifestación histórica palpable de ese amor incondicional.

Sin embargo, la propuesta de Francisco no está exenta de debates y matices. Algunos teólogos, desde perspectivas más centradas en la trascendencia divina y la objetividad de la ley moral, podrían cuestionar el énfasis en la experiencia afectiva del amor como centro de la vida cristiana. Por ejemplo, para Hans Urs von Balthasar, si bien el amor es fundamental, su comprensión debe integrarse en una visión más amplia de la gloria de Dios y la belleza trascendental. En su obra “Gloria: Una estética teológica” (1985), Balthasar advierte sobre el peligro de reducir la fe a un mero sentimiento subjetivo, indicando que *“el amor cristiano no es un sentimentalismo piadoso, sino la respuesta libre y responsable al amor gratuito de Dios, que se manifiesta en la totalidad de su revelación”* (H.U von Balthasar, op. Cit. Vol. I, p. 456).

A pesar de estas posibles tensiones interpretativas, “Dilexit nos” articula una visión del amor que no se limita al sentimentalismo, sino que se traduce en acciones concretas y cotidianas de justicia y solidaridad. El Papa Francisco escribió: *“El amor que brota del Corazón de Jesús nos impulsa a salir al encuentro de los demás, especialmente de los que sufren y son descartados”* (op. Cit. n. 8). Esta conexión intrínseca entre la contemplación del amor divino y el compromiso con el prójimo ha sido una constante en su pontificado, desde “Evangelii gaudium” hasta “Fratelli tutti”.

Filosóficamente, esta insistencia en la praxis del amor tiene bastante relación con la ética de la alteridad propuesta por Emmanuel Lévinas, para quien el encuentro con el rostro del Otro nos interpela moralmente de manera primordial. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad del otro exige una respuesta ética que precede a toda ontología, motivo por el cual en su obra “Totalidad e infinito” (1995) afirma que *“el rostro se presenta como aquello que no puedo matar, o al menos, como aquello cuya matanza me está prohibida”*

(op. Cit. p. 219). Pues bien, el llamado de Francisco a “salir al encuentro” de los descartados y desechados por la sociedad del consumo puede interpretarse como una aplicación teológica de esta urgencia ética ante el rostro sufriente de nuestros otros.

También, la encíclica aborda la dimensión espiritual del amor, invitando a una profunda relación personal con Jesús a través de su Corazón: “*En el Corazón de Jesús aprendemos la mansedumbre y la humildad, la paciencia y la misericordia, virtudes esenciales para construir un mundo más humano y fraterno*” (“Dilexit nos”, n. 12). Esta invitación a la transformación interior a través del encuentro con el amor de Cristo se alinea con la tradición de la *imitatio Christi*, central en la espiritualidad cristiana.

Ahondemos un poco más en este último aspecto. La encíclica, al centrarse en el Corazón de Jesús como fuente de amor y virtudes, nos convoca a una configuración vital con Cristo. Esta llamada trasciende la mera admiración intelectual o adhesión doctrinal, porque implica una metamorfosis profunda del ser, moldeada por el ejemplo y la fuerza del amor divino manifestado en la humanidad de Jesús.

Justamente, la *Imitatio Christi*, cuyo texto canónico se atribuye a Tomás de Kempis, no es una invitación a ser copias serviles de los actos externos de Jesús, sino más bien a una asimilación de sus actitudes internas, sus valores y su relación fundamental con el Padre y con los demás. Se trata de un camino de identificación progresiva con el Espíritu de Cristo, buscando pensar como Él, amar como Él y actuar con su misma compasión y entrega.

En este sentido, “Dilexit nos” se conecta directamente con este ideal de presentar el Corazón de Jesús como el crisol donde se funden el amor divino y la humanidad perfecta. Contemplar este Corazón, según la encíclica, no es un ejercicio piadoso superficial de señora mayor que va a misa y no entiende nada, sino una inmersión en la profundidad del amor que lo animó. Este amor, caracterizado por la mansedumbre, la humildad, la paciencia y la misericordia (virtudes explícitamente mencionadas en la encíclica), se convierte en el modelo y la fuerza motriz para nuestra propia transformación.

La tradición de la *Imitatio Christi* ha sido revitalizada y reinterpretada a lo largo de la historia de la espiritualidad cristiana. Desde Francisco de Asís, con su radical seguimiento de la pobreza y la humildad de Cristo, hasta figuras místicas como

Santa Teresa de Jesús, quien experimentó una profunda unión con el Corazón de Cristo a través de la oración, la aspiración a conformarse con Jesús ha sido una constante, olvidada de a ratos, según sea el pontificado y la época del mundo.

En el contexto específico de “Dinexit nos”, esta tradición adquiere una renovada urgencia, porque el Papa Francisco nos invita a ir más allá de una fe meramente teórica y a permitir que el amor concreto del Corazón de Jesús informe cada aspecto de nuestra existencia. Esta transformación interior no es un esfuerzo puramente individualista, sino que tiene una profunda dimensión eclesial y social: al conformarnos con el amor de Cristo, nos volvemos capaces de construir comunidades más justas, fraternas y compasivas, reflejando así el mismo amor que hemos contemplado.

En este sentido, la reflexión de Santa Teresa de Ávila sobre la oración como *“tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama”* (“Libro de la vida”, Cap. VIII, n. 5) encuentra un eco profundo en la propuesta de Francisco: el Corazón de Jesús se presenta como el confidente último, el lugar del encuentro íntimo con el amor divino que transforma la existencia.

Para concluir, queridos lectores, la encíclica de Francisco que acabamos de analizar no es simplemente la última pieza de su magisterio, sino una clave de bóveda que ilumina la arquitectura teológica y pastoral de su pontificado. Lejos de ser un mero resumen, esta encíclica nos ofrece una concentración visceral de su visión: una Iglesia cuyo corazón late al ritmo del amor incondicional de Dios manifestado en Cristo, un amor que impulsa a la compasión, la justicia y el encuentro con la humanidad herida. Para comprender la profunda impronta que Francisco deja a la Iglesia Católica, es imprescindible contemplar este Corazón ardiente que nos convoca a amar como Él nos amó. “Dilexit nos” se erige, así, como un testamento doctrinal que, esperemos, perdure considerablemente, invitando a las generaciones futuras a beber de la fuente inagotable del amor divino y a construir un mundo más fraterno y misericordioso.

Fotografía: Lisandro Prieto Femenía

**Fecha de creación**

2025/05/18